

peor que la antigua, porque se encuentra necia y abominablemente satisfecha de sí misma — y es, por lo tanto, fundamental, incurable, definitiva, — y porque está destinada, si no se la aplasta, a lanzar sobre el mundo una siniestra obscuridad de eclipse...

Verdaderamente, resulta extraño que esta imagen de Juana de Arco haya permanecido erguida en el coro, serena, intacta, inmaculada en medio del desorden, sin que a su veste haya llegado ni el más leve arañazo.

VII

LA BANDERA QUE NUESTRA INFANTERÍA
DE MARINA NO TIENE AÚN...

Diciembre de 1914.

Primeramente fueron enviados a París nuestros queridos marineros, para encomendarles funciones policiacas, para que mantuviesen el orden público, el silencio, la compostura, — y no pude menos de sonreír : ¡ era tan poco adecuado para ellos este papel completamente nuevo que querían hacerles desempeñar !... Porque, dicho sea en confianza, la corrección, en las calles de las ciudades, nunca ha constituido el mérito sobresaliente de mis valerosos amiguitos... No obstante, a fuerza de celo y de adoptar aires formales, fueron cumpliendo casi plausiblemente su misión, hasta el momento en que se les libró

de ese insostenible constreñimiento, enviándolos a guardar puestos en el campo atrincherado. Esto ya era algo mejor y se encontraba más al alcance de sus medios. ¡ Y, al fin, llegó el día de júbilo, de magnífica embriaguez, en que se les dijo que todos iban a entrar en fuego !

Si hubieran tenido ese día una bandera, como la tienen sus camaradas del Ejército de tierra, no afirmo que hubiesen emprendido la marcha con más entusiasmo ni con mayor alegría, porque más era imposible; pero, indudablemente, habrían marchado más orgullosos, agrupados en torno de ese juguete sublime, que nunca ni por nada será reemplazable, dígame lo que se diga y hágase lo que se haga. Acaso más que todos, los marinos observan el culto a la bandera; culto sostenido en ellos por la conmovedora ceremonia que, a toque de clarín, se practica a diario en nuestros buques, cuando, al izarla por las mañanas y al arriarla al anochecer, la oficialidad y la marinería se descubren en silencio, para saludar profundamente al emblema de la Patria.

Sí, a los soldados de Infantería de Marina, les

habría agradado mucho llevar una bandera para ir a la línea de fuego; pero sus oficiales les decían : « Seguramente acabarán por daros una, tan pronto como la hayais ganado en el combate. » Y emprendieron la marcha cantando, inflamados todos con idéntico ardor de héroes; todos, digo, no sólo los que conservan aun la admirable tradición de nuestra antigua Marina, sino también los de la nueva cepa, que estaban ya algo gangrenados — claro que no más que en la superficie — por las sucias predicaciones antimilitaristas, y que, de repente, reaccionaron y se ennoblecieron al escuchar el estruendo del cañón alemán; todos, unidos, resueltos, disciplinados, juiciosos, — y soñando con tener una bandera cuando regresasen...

Fueron enviados apresuradamente a Gante, para proteger la retirada del ejército belga. Pero, en el camino, recibieron orden de detenerse en Dixmude, donde los « bárbaros de corteza color rosa » se acumulaban en número diez veces superior al de nuestros soldados, y donde era preciso mantenerse firmes a todo trance, costase

lo que costase, para impedir que la abominable oleada prosiguiera extendiéndose.

Se les dijo : « El papel que os confiamos es peligroso y solemne; tenemos necesidad de vuestro valor; para salvar enteramente nuestra ala izquierda, hasta la llegada de refuerzos, sacrificaos; *procurad sosteneros por lo menos cuatro días.* »

¡ Y se han sostenido durante veintiseis días mortales ! Se han sostenido casi solos; los refuerzos, a consecuencia de dificultades imprevistas, resultaron insuficientes y tardíos. ¡ Y los seis mil valientes que marcharon a pelear, han quedado reducidos hoy a tres mil !...

Disponían estrictamente de lo justo y apenas de lo necesario. Al salir de París, donde la temperatura era de verano, no preveían el encuentro brusco con el frío; casi todos ellos no llevaban, recubriendo el pecho, sino la camiseta reglamentaria, de punto de algodón con rayas azules, y, para abrigo de las piernas, pantalones ligeros, sin ropa interior alguna; eso sí, envolviendo todo esto, lucían insólitos capotes de infantería

que les quitaban la libertad de movimientos. Como provisiones, nada más que unas cuantas cajas de conservas, « confituras de engañifa »; nadie, ciertamente, aguardaba ese casi aislamiento en que se han encontrado durante veintiseis días largos. En lugar de ellos, y aun siendo iguales en valor, los soldados del ejército de tierra nunca hubieran sabido salir del paso. Pero ellos contaban en su favor con el despejo marítimo, con el « arte de desenredarse » que se aprende en el curso de travesías penosas, o en las colonias y en las islas, y gracias al cual un verdadero marino hace frente a todo; ese arte especial, es tan legítimo en resumidas cuentas, y, además, de tan buen carácter, y está suavizado por un tacto tan insinuante y tan gracioso, que nunca ofende ni incomoda a nadie.

Así, pues, se *desenredaron*, porque, al cabo de las tres o cuatro semanas épicas, durante las cuales, día y noche, combatieron como diablos, entre el fuego y entre el agua, fueron hallados los supervivientes bien nutridos y apenas acatarrados.

La única censura que he oído formular acerca de ellos, por los oficiales que tuvieron el honor de ser sus jefes en aquel horno encendido, es la de que se resignaban de mal talante a *arrastrarse*. Arrastrarse es un modo de andar introducido en la guerra moderna por la astucia alemana, y al cual, según se sabe, hay que preparar concienzudamente a nuestros soldados. Faltó tiempo para habituar a los marineros; cuando llegaba el momento del ataque salían, con arreglo a las instrucciones recibidas, caminando a cuatro pies; pero, inmediatamente, dejándose arrebatar por el ardor bélico, se erguían para adoptar el paso de carga, y la metralla los segaba de manera excesiva.

Uno de ellos me contaba ayer, en los siguientes términos, cómo su compañía, habiendo recibido la orden de trasladarse a otro punto del campo de batalla — pero *sin dejarse ver, marchando acurrucada por el fondo de una trinchera larga, interminable*, — le fué completamente imposible obedecer: « La trinchera se encontraba ya medio llena de nuestros pobres muertos. Y como compren-

derá usted, mi comandante, en los sitios en que había muchos, nos daba pena andar sobre ellos, no podíamos; entonces, preferimos salir y salimos del agujero para correr a todo escape por la orilla de los taludes, y los *boches*, que nos veían, se apresuraban a matarnos.

« Pero, continuó, aparte de desobediencias pequeñas cual esa, le aseguro a usted, mi comandante, que la gente se ha portado bien. Recuerdo las palabras de algunos oficiales de regimientos de infantería y de batallones de cazadores, que habían asistido a las batallas del Marne y del Aisne. Bueno, pues, cuando a veces venían a charlar con nuestros oficiales, les oíamos decir: « Nuestros soldados eran valientes, no hay que « dudarlo. Pero, a pesar de eso, nos produce « envidia el ver cómo se baten los marineros que « ustedes mandan. »

Y Dixmude, donde pudieron sostenerse durante veintiseis días, convertíase poco a poco en algo parecido a una sucursal del infierno. Lluvia, nieve e inundaciones acarreado lodo negro hasta el fondo de las trincheras; sangre que sal-

taba por todas partes, techos que se desplomaban, aplastando al mismo tiempo a los heridos y a los cadáveres en descomposición; y, constantemente, gritos y estertores mezclados al no interrumpido estruendo de una tormenta que descargaba sin cesar. Se luchaba en cada calle, en cada casa, por las ventanas destrozadas, al resguardo de los lienzos de pared, y tan de cerca que, en ocasiones, se abrazaban unos a otros para estrangularse. Frecuentemente, por la noche, cuando faltaba luz para ver a quien se hería, brotaban enloquecedoras perfidias de los alemanes, que, de repente, comenzaban a gritar en francés: « ¡ Alto el fuego, desdichados! ¡ Que estamos aquí nosotros y tirais sobre vuestros compañeros! » Y, en verdad, se perdía el juicio, cual si se estuviese bajo la acción de una pesadilla de la cual no se logra despertar ni salir.

Al fin llegó el día en que la ciudad fué tomada. Los alemanes acababan repentinamente de reforzar de un modo terrible su artillería pesada, y las « marmitas » caían por doquier como granizo,

esas enormes marmitas del diablo que abren agujeros de seis u ocho metros de anchura por cuatro metros de profundidad. Caían cincuenta y hasta sesenta por minuto, y, en los barrancos que producían, efectuábase inmediatamente un derrumbamiento de paredes, muebles, alfombras y cadáveres, en un caos de horror indescriptible. Obstinarsse en permanecer allí, resultaba en realidad empresa superior a las fuerzas humanas; hubiera sido hacerse degollar hasta el último, y, por añadidura, sin consecuencia útil, porque el abandono del montón de escombros y del cementerio en que estaba convertida la infortunada ciudad flamenca, carecía ya de importancia; había resistido justamente el tiempo necesario. Lo esencial era haber impedido a los alemanes el paso a la otra orilla del Iser, a pesar de que todas las probabilidades parecían favorecerlos; lo esencial, sobre todo, era que ya nunca pasarían, porque ahora llegaban refuerzos para detenerlos por el Sur, y porque ahora la inundación lo invadía todo, cerrando el camino por el Norte. El empuje de los bárbaros se encontraba, por

este lado, contenido definitivamente. Y eran nuestros soldados de Infantería de Marina los que, casi solos, sin flaquear ante la abrumadora superioridad del número, habían sostenido allí el ala izquierda de nuestro Ejército, perdiendo la *mitad* de su efectivo y el ochenta por ciento de sus oficiales...

Entonces, los supervivientes se dijeron : « ¡ Vaya, al fin vamos a tener nuestra bandera ! » Además, los Jefes superiores de la Guerra, conmovidos y maravillados por tanta valentía, se la habían prometido, e igual oferta les hizo el Jefe supremo del Gobierno francés, el día que fué a felicitarlos.

Pero, desgraciadamente, ni la tienen aún, ni tal vez la tendrán nunca, — a menos de que los aludidos Jefes superiores, que en cierto modo comprometieron su palabra, no intervengan ahora que todavía hay tiempo para ello, antes de que todos estos heroísmos queden sepultados en el olvido.

¡ Dios mío, que se les de a nuestros soldados de Infantería de Marina su bandera ! ¡ Y, también,

antes de enviársela, me parece que sería de justicia adornarla con la Cruz !

P. S. — La semana última, la brigada de Infantería de Marina ha sido citada a la cabeza de la orden del día del Ejército, *por haber dado prueba del vigor más grande y de completa abnegación en la defensa de una posición estratégica importantísima.*

VIII

TAITÍ Y LOS SALVAJES DE CORTEZA COLOR ROSA

Noviembre de 1914.

Después de tantos años como han transcurrido, y entre las angustias indignadas o las hermosas exaltaciones de la hora actual, había olvidado completamente la existencia de cierta isla encantada que, en el otro hemisferio de la tierra, en medio del gran Océano austral, yergue, entre las templadas nubes de allá, sus montañas revestidas de helechos y de flores. Bajo nuestro cielo de Octubre, ya frío; en esta región parisiense, de arboleda amarillenta o deshojada, en que habito desde hace un mes; donde, a poco que se alejen los pasos hacia el Norte, se escucha el cañón como un incesante estruendo de tormenta, y donde diariamente se cavan innumerables fosas para

sepultar en ellas a los hijos más preciados y más queridos de nuestra Francia, — el nombre de Taití me produce el efecto de designar un edén quimérico; no consigo creer que fuese real la temporada que antaño pasé en esa lejana isla; necesito un esfuerzo de atención para vislumbrar, en mis recuerdos, la mar azul festonada por playas emblanquecidas de corales, la bóveda de palmeras, y los maoríes en continuo ensueño: el pueblo niño que sólo piensa en cantar y en coronarse de flores.

Taití, la isla en la cual ya no pensaba, me ha sido recordada bruscamente por el artículo de un periódico, que refiere que los alemanes han pasado por allí, destruyéndolo todo. Y los comandantes de los dos cruceros que han cometido — sin riesgo alguno, naturalmente, — esa cobardía ignominiosa contra una pobrecita ciudad abierta que ni siquiera sentía desconfianza hacia ellos, no pueden alegar que obraron en virtud de órdenes recibidas de su horrible emperador, no, puesto que se encontraban en el otro extremo del mundo; así, pues, discurrieron y perpetraron el

atentado por propia iniciativa, a impulsos del fundamental salvajismo teutón...

En uno de los fuertes que, en París, guarnecen nuestros marineros, me encontré ayer con un veterano suboficial de la Armada, que, antaño, en dos o tres ocasiones, había navegado a mis órdenes. Me parece que ese suboficial ha encontrado, para los prusianos, el nombre que mejor les cuadra y que debiera quedarles.

« Bueno, mire usted, comandante, me dijo, juntos hemos conocido todas las especies de salvajes que, a mi juicio, eran las más malas, las de piel negra, las de piel amarilla y las de piel roja. Pero ahora veo que no contaba con éstos, con estos sucios *salvajes de corteza color rosa*, que son los peores de todos. »

Así, pues, Taití la Deliciosa, donde nunca había corrido sangre, y que era, en medio de los inmensos mares, un minúsculo edén inofensivo y confiado, Taití acaba de recibir la visita de los *salvajes de corteza color de rosa*. Y tan sin provecho como sin excusa, por deporte, únicamente por el placer alemán de producir el mayor daño

posible, no importa a quién y no importa dónde, esos salvajes, « los peores de todos, » en efecto, se han complacido en convertir en un montón de ruinas la bahía de Papeete, que vivió disfrutando de perpetua tranquilidad, bajo sus árboles siempre verdes y entre sus rosales siempre llenos de flores.

Cierto que esto ha pasado en los antípodas, y que es muy poca, muy poca cosa, en comparación con los osarios humeantes que, en Bélgica y en Francia, han « jalonado » el paso del ejército maldito. Pero, no obstante, el hecho merece consignarse, porque revela una ferocidad aún más particularmente inútil, ¡y más imbécil!

IX

UN HUSARITO

Diciembre de 1914.

Se llamaba Máximo Barthou; era uno de esos hijos únicos, mimadísimos, cuya muerte rompe dos o tres existencias, por lo menos, — y se ha olvidado ya con exceso entre nosotros toda la hábil valentía que su padre gastó para darnos la ley de los tres años, sin la cual Francia estaría hoy bajo la suela del calzado del Monstruo...

Verdad que el jovencito Max no ha hecho sino lo que millares de semejantes suyos, que han dado magníficamente la vida por la Patria; no se debe, pues, a esto el que yo hable de él de un modo especial. No, sin duda alguna, se debe en gran parte a que sus padres son para mí amigos muy queridos. Pero también se debe al cariño

que me inspiraba, y que me hace sentir melancólica alegría al hablar de ese encantador hombrecito. Ante todo, había sabido permanecer siendo niño, como antaño los de mi generación, ¡y es tan raro esto en los juveniles parisienses de hoy que, casi todos, aun cuando ya han comenzado a rectificar de conducta, son doctorcillos insoportables! ¡Permanecer siendo niño! ¡Hay que considerar lo que esto denota, no sólo de lozanía, sino de modestia, de discernimiento, y de justeza y clarividencia de sentido! Aun cuando muy erudito, casi demasiado para su edad, supo conservar su sencillez y su naturalidad en el hogar paterno, del cual únicamente se alejaba las contadas horas diarias que invertía en asistir a las clases. Cuando, durante mis breves estancias en París, me sentaba a la mesa de sus padres, en días elegidos para que fuese yo el único invitado, hablaba con él, a pesar de su graciosa timidez, e iba apreciando más y mejor la dulzura y la profundidad de su alma. Aun le veo, después de comer, en el salón íntimo donde se detenía un momento con nosotros antes de ir a terminar

sus estudios cotidianos; a esa hora, aun cuando el hecho no fuese correcto, solía acurrucarse junto a las rodillas de su madre, para estar más cerca de ella, y hasta se recostaba a veces a sus pies, en la alfombra, desempeñando el papel de niño zalamero, mientras hacía rabiar — cariñosísimamente, como es de suponer, — a un gato viejo de Siam que había sido compañero de sus más tiernos años, y que, entonces, gruñía a todo el mundo, menos a él... ¡Dios mío, y esto ocurría ayer! En la primavera última continuaba aconteciendo lo referido, y el héroe juvenil, que acaba de perecer víctima de la metralla alemana, se revolcaba gustosamente por el suelo para jugar con su amigo el gato viejo y gruñón.

Pero, en los tres meses próximo pasados, ¡qué metamorfosis! En un pasillo del Cuartel general, me tropecé, hace ocho días escasos, con un elegante y resuelto húsar que, después de haberme dirigido correctamente el saludo militar, permanecía allí plantado, contemplándome, sin atreverse a decirme nada, pero asombrado de que yo no le dijese algo... ¡Ah! ¡Era mi amiguito

Max, al cual en el primer momento no conocí con su nuevo traje! Un Max juvenil, de diez y ocho años, cambiadísimo por el contacto de la varita mágica de la guerra, y convertido repentinamente en un hombre cuyos ojos resplandecían de júbilo ya impregnado de gravedad. Acababa de obtener, al fin, lo que tanto había deseado: ¡marchar al siguiente día a Alsacia, entrar en fuego! — «Entonces, amiguito, habiendo logrado lo que quería, ¿está usted contento?, le dije. — «¡Oh, sí, estoy muy contento!» Sin que lo afirmara, se veía en su mirada... Y me despedí, después de haberle expresado, riendo, mis votos porque obtuviese la medalla hermosa, la más hermosa de todas, la que se prende con un lazo amarillo bordado de verde. Y no tuve presentimiento alguno de que acababa de estrecharle la mano por última vez.

Para ir a la línea de combate, cuánta insinuante perseverancia tuvo que desplegar, porque su padre, que por supuesto nada hizo para retenerlo, se espantaba ante la idea de forzar un poco el sino y sólo cedía paso a paso, contento, pero

angustiado al mismo tiempo, al ver despertarse precozmente aquella espléndida y ardorosa voluntad.

Primero hubo que dejarlo alistarse como voluntario; a continuación, como se enervaba de impaciencia en esos depósitos donde preparan a nuestros muchachos para entrar en fuego, hubo que conseguir que lo enviaran a campaña antes de que le correspondiese su turno. El Generalísimo, que lo vió llegar con gusto, hubiera querido conservarlo a su lado. Pero él, suave y firmemente, protestó, aprovechando la ocasión de una visita de su padre al Gran Cuartel General: «Aquí, me siento amparado en demasía; con el apellido que llevo, esto no es posible; ¿no debo, por el contrario, de dar ejemplo?» Y encontrando de repente la niñería, que, con gracia exquisita, supo conservar oculta bajo su uniforme de soldado, añadió sonriéndose como antaño: «Además, papá, el hecho de ser hijo del creador del servicio de tres años, me impone la obligación, tú lo comprendes bien, de hacer por lo menos tres veces más que los otros.» Su padre, huelga de-

cirlo, lo comprendía, lo comprendía con todo su corazón, y de tal manera lo comprendía que, fluctuando entre el orgullo y la angustia, solicitó inmediatamente que su hijo fuese enviado a Alsacia.

Y apenas había llegado a su destino — a Thann, en día de bombardeo, — cuando un imbecil paquete de metralla alemana, lanzado no se sabe desde dónde, sin ninguna utilidad militar y sólo por el placer de producir daño, lo destruía como a una cosa cualquiera. No tuvo tiempo « para hacer tres veces más que los otros », no. ¡ En menos de un minuto, su juvenil existencia, preciosa y mimada, quedó extinguida para siempre !

Cuatro de sus compañeros de ensueños gloriosos, sucumbieron junto a él, por obra del mismo disparo. Y, al siguiente día, todos ellos descansaron en el seno de esa tierra de Alsacia que ha vuelto a ser francesa.

Para el pobre husarito azul, los vecinos de Thann que, desde ayer, habían dejado de ser alemanes, quisieron espontáneamente realizar

algo que se apartase de lo acostumbrado, por tratarse « del hijo del creador del servicio de tres años »; y, los alsacianos redimidos, adornaron con bellos e ingenuos dorados el ataúd, como si fuese el de un principito de cuentos de hadas, y lo llevaron en hombros, a él sólo, en tanto que sus camaradas iban detrás, conducidos juntos en un carro. Después del funeral en la antigua iglesia, se previno a la muchedumbre, compuesta por lo menos de tres mil personas, que era extremadamente peligroso alejarse más; el cementerio se encuentra en sitio descubierto y acechado por los anteojos alemanes, y el numeroso cortejo corría el riesgo gravísimo de atraer la metralla de los bárbaros, que no perderían una ocasión tan hermosa para matar. Pero nadie sintió miedo, nadie se detuvo, y, hasta el final, el husarito fué acompañado por todos.

* * *

¡ Y se cuentan por millares y millares los hijos nuestros que han sido segados de este modo !

Hijos de las aldeas o de las casonas solariegas, que representaban toda la esperanza y la única razón de vivir para sus padres y para sus abuelos; durante diez y ocho o veinte años, estuvieron rodeados de solícitas atenciones y amparados por inefables cariños; miradas ansiosas y constantes vigilaron su desarrollo físico y moral; para algunos, nacidos de humildes familias, tuvieron éstas que imponerse pesados sacrificios y verdaderas privaciones, a fin de robustecerlos físicamente y de proporcionarles despejo intelectual, sana orientación y buena cultura, — y luego, de súbito, vemos a los queridos pequeños, tan laboriosa como amorosamente preparados para la vida, vemos a los queridos héroes, con el pecho agujereado o con la masa encefálica fuera del cráneo, — por orden de cierto payaso infernal que reina en Berlín...

¡ Oh, execración ! ¡ Maldición para el monstruo de ferocidad y de doblez, que ha desencadenado todo esto ! ¡ Ojalá se prolongue mucho su vida, para que al menos tenga tiempo de sufrir mucho ! Y después, ¡ ojalá pueda vivir aún y conservar

plena conciencia y lucidez, cuando llegue la hora de atravesar el umbral de lo eterno, donde, en la puerta que nunca más volverá a abrirse, se lee y centellea sobre la negrura la sentencia del supremo horror : *¡ Dejad, los que aquí entráis, toda esperanza !...*